

# LA ESPADA DE BLAS DE LEZO

## EN CARTAGENA DE INDIAS

Entrega de la espada en Cartagena de Indias.

Retrato de Blas de Lezo. (Museo Naval, de Madrid).

Reproducción de la espada, obra de artesanía española.



**B**AJO el sol tropical vi cómo el ministro plenipotenciario de España, D. José María Alfaro y Polanco, hacía entrega de la espada invencible al mejor guardia marina colombiano. La hoja de la espada, cincelada en Toledo, viene desde el otro lado del mar con un mensaje de heroísmo grabado en el acero. Dice así la leyenda: "Primer premio Blas de Lezo. España, al mejor guardia marina colombiano de 1947. Esta espada es toda el alma de la raza. Esta espada nos enseña la entereza, el valor, la dignidad, el desdén por lo pequeño, la audacia y el sufrimiento silencioso y altanero."

El aire caliente y agri dulce, donde el aroma de la manigua se mezcla con la brisa salada del mar Caribe, se llenó de emoción incontenible cuando las manos del guardia marina asieron, codiciosas de futuros heroísmos, la espada simbólica. Era casi un niño el ejemplar guardia marina, de nombre Oscar Perilla. También Blas de Lezo había sido marino adolescente. Ya a los quince años perdió una pierna en lucha contra los ingleses; un poco más crecido, perdió un ojo; poco después, un brazo. Cuando apenas contaba veinticinco años, era una viva mutilación. Pero a cada nuevo golpe era como si a su alma le abrieran otro cauce por donde dar paso al manantial de la entereza, del valor, del orgullo.

Recio ejemplo éste para la vida dura y escueta del marino. Toda la carrera de Blas de Lezo es un continuo purificarse en la gracia del valor y de la renuncia. En su alma hay una semilla inmortal que germina, y crece, y fructifica, a medida que su cuerpo se va desgajando y abriendo. Sus hazañas en el Pacífico y en el Mediterráneo culminan en la campaña del Caribe, para florecer, de una vez para siempre, aquí, sobre este suelo caliente de Cartagena de Indias.

A la hora dudosa del atardecer, mientras desfilan los marinos de la Armada colombiana en el marco épico de esta Venecia del Caribe, no se puede eludir la tentación de repasar en la memoria la gesta del héroe mutilado: El almirante Vernon había llegado a la boca de la bahía en febrero de 1741, con la escuadra "más numerosa y fuerte que vieron jamás aquellos mares". La entrada a Cartagena estaba ya cerrada por la Bocagrande, quedando el paso por la Bocachica protegido por tres sistemas de fuertes: al comienzo, San Fernando y San José, entre los que se tendía una gruesa cadena a flor de agua; Manzanillo y Castillo Grande de la Santa Cruz, en los extremos de la isla

"ESTA ESPADA ES TODA EL ALMA DE LA RAZA; ESTA ESPADA NOS ENSEÑA LA ENTEREZA, EL VALOR, LA DIGNIDAD, EL DESDEN POR LO PEQUEÑO, LA AUDACIA, EL SUFRIMIENTO SILENCIOSO, ALTANERO..."

de Manzanillo y la Punta del Judio, donde hoy se asienta el Club Naval, y, por fin, San Sebastián del Pastelillo y La Caleta. Es aquí, en La Caleta, donde ahora está la base naval y donde los marinos, formados al sol, reciben sus grados.

Todos estos sistemas defensivos fueron cayendo en poder de Vernon, hasta que los ingleses llegaron al mismo pie de las murallas. ¡Qué ridícula situación la del inglés! Había mandado recado a Londres, dando por segura la toma de la plaza. En Inglaterra se imprimieron unas medallas conmemorativas, que lucían una inscripción muy arrogantes "True british heroes took Cartagena.—April, 1741." (Verdaderos héroes ingleses tomaron Cartagena.—Abril, 1741.) Se conservan muchas de aquellas medallas en diferentes colecciones, y dos, en el Museo Arqueológico de Madrid. En una de ellas figuran, por un lado, los almirantes Vernon y Ogle, y por el otro, la plaza fuerte de Cartagena, los navíos que la atacan y la inscripción antes descrita. En otra aparece D. Blas de Lezo hincando su rodilla y entregando con su única mano el acero invencible al almirante Vernon. Se lee aquí lo siguiente: "The pride of Spain humbled by Al. Vernon." (El orgullo de España, humillado por el almirante Vernon.) Pero todo sucedió diferente. Las murallas de Felipe II resistieron. Destrozadas sus tropas y sus naves, y lleno de desesperación, el 20 de mayo se hizo a la mar el almirante Vernon, camino de Jamaica.

Tal es el episodio que se recreará cada año, cuando España mande su cincelado mensaje de acero a la Marina de Colombia. Esta Marina, nacida apenas y poderosa ya, recibe con un amor sin límites el emotivo cuidado maternal. Luego de recibirlo, los marinos desfilan con un ritmo jubiloso.

Al caer la tarde, me fui paseando por toda la orilla del mar hacia el hotel Caribe. Iba con el ministro de España y con el senador colombiano Uribe Cualla. Se había movido la brisa y era como si nos obonicaran las ramas elegantes de las palmeras. La luz y la sombra lo habían envuelto todo en un prodigio de serenidad. Lejos, más allá del horizonte plomizo del océano, la luz del sol oculto yacía derramada sobre el cielo, en una apoteosis de fuego y de sangre. Se inundaba todo de un fulgor fantástico, sensiblemente irreal y maravilloso. Para completar la artificiosa realidad decorativa, en la orilla misma de la playa se erguía una palmera solitaria y alta, desmelenando su copa contra el horizonte incendiado, y sobre la palmera, justamente encima, se veía la única estrella del cielo, el primer lucero de la tarde. Uno llegaba fácilmente a la certeza de que la cosa que está más cerca de Dios es la ingenuidad.

En medio de este paisaje inverosímil, mis dos ilustres acompañantes y yo andábamos en silencio. Cada cual iba pensando por su cuenta: nos acordábamos de Blas de Lezo, de Vernon, de Drake, de Morgan... Queríamos ver en el horizonte la vela de algún buque filibustero o la silueta del capitán desnarigado y fundador, o distinguir en la sombra la figura cosmopolita y elegante de Simón Bolívar. A pesar de todos los olvidos, en contraste con todas las equivocaciones, por encima de toda nuestra miopía histórica de doscientos años, comprendíamos que España y América eran una misma carne, estrechada por los caminos azules del mar; de que aquí, en Cartagena, cruz de piedras y aceros invencibles, reside todavía el espíritu unitario de dos mundos, símbolo eterno de un destino tan alto como la estrellas.

R O D R I G Ó R O Y O M A C I A



Arriba: Cartagena de Indias, la ciudad murada de América, desde el fuerte de San Sebastián. A la derecha: Vista desde el Castillo de San Felipe, en el que aparece un viejo cañón español. Abajo: "La Tenaza", escollera fortificada, construida hacia 1770, por el español Antonio de Arévalo.

